

Los promotores de la democracia y los medios de comunicación occidentales en las elecciones de 2021 en Uganda

Via [ROAPE](#)

En los últimos meses, los medios de comunicación occidentales y el mundo académico se han centrado en las elecciones generales de 2021 en Uganda con un enfoque sin precedentes y algo desconcertante. El origen exacto del interés bastante desordenado sigue siendo algo confuso. El principal tema en juego, sin embargo, es la dictadura militar de Yoweri Museveni, vestido de civil durante 35 años ininterrumpidos. Como ritual de rutina, Museveni pretende buscar legitimidad cada cinco años a través de elecciones, que difícilmente son libres, justas o confiables. Este ha sido el caso desde al menos 2001, cuando Museveni enfrentó por primera vez un serio desafío para mantenerse al mando, un desafío muy cercano: un miembro interno y hasta entonces miembro del status quo, Kizza Besigye, se atrevió a dar un paso adelante para enfrentarse a Museveni y poner a prueba su fe retórica en la democracia.

En las elecciones de 2021, muchos de los miembros de la comunidad de defensores y activistas «pro-democracia» en África encontraron motivos para apoyar abierta y proactivamente al principal rival de Museveni a la presidencia, la estrella del pop y diputado Robert Kyagulanyi, más conocido como Bobi Wine. Quiero argumentar aquí que la obsesión por Bobi Wine es problemática, ya que no comprende las complejas condiciones que rodean la permanencia de Museveni en el poder y el aterrador dilema de liberar al país

del firme control de un gobernante cuya principal fuente de poder es la bala y no la votación.

Exponiendo las pretensiones democráticas de Museveni

Desde que ganó el poder como líder del segundo grupo rebelde poscolonial africano que tuvo éxito, después de Hissen Habre en Chad, Museveni ha declarado repetidamente que luchó en la guerra de 1981-1986 para restaurar la gobernabilidad democrática y el respeto por los derechos humanos. En los primeros años de su gobierno, al menos hasta mediados de la década de 1990, idealizó reformas modestamente progresistas que daban voz a los ciudadanos a través de la participación política local y una sólida rendición de cuentas pública. Museveni se proyectaba a sí mismo como un «presidente de seguridad» que había transformado fundamentalmente el papel de las fuerzas armadas de depredador a protector, de fuente de inseguridad a garantes de la seguridad de las personas y la propiedad.

Esencialmente, las credenciales democráticas de Museveni parecían confiables y convincentes para los ugandeses y los extranjeros precisamente porque aún no había sido probado. Los actores políticos y diplomáticos occidentales lo vieron como un representante de la “nueva raza de liderazgo africano” y como una “luz de esperanza” para el continente [1]. Todo parecía optimista y tranquilizador hasta que Museveni enfrentó una verdadera prueba de sus credenciales democráticas cuando el país volvió a realizar elecciones generales en 1996, diez años después de su llegada al poder. La primera vez que preguntó, tuvo un viaje relativamente fácil, ya que todavía disfrutaba de una amplia buena voluntad y atractivo popular en gran parte del país, excepto en el norte de Uganda, afectado por la guerra. La prueba más difícil estaba por llegar.

Fue durante las elecciones de 2001, y los ciclos electorales posteriores en 2006, 2011 y 2016, que Kizza Besigye expuso por completo las pretensiones y promesas vacías de Museveni de un

reformador y progresista en ejercicio que había recibido aplausos de las capitales occidentales. En 2001, Museveni recurrió a la brutalidad estatal y a todo tipo de maquinaciones injustas para superar el sorprendente desafío de su ex médico personal y miembro de alto rango del gabinete. A partir de 2001, la violencia organizada por el estado y la represión flagrante contra los partidos de oposición y los políticos se convirtieron en el pilar del escenario electoral de Uganda [2].

Habiéndolo servido a un nivel personal muy cercano, parece que Besigye había llegado a una conclusión precisa de las intenciones y predisposiciones de Museveni. Fiel a la predicción de Besigye, Museveni elaboró un sospechoso proceso de enmienda constitucional en 2005 que incluyó la eliminación de los límites del mandato presidencial para darle la libertad de gobernar de por vida. El único otro obstáculo constitucional restante, el límite de 75 años, también fue expulsado de la constitución en 2017 de una manera que incluyó escenas violentas en el Parlamento cuando los militares invadieron la Cámara para arrestar a quienes se oponían a la enmienda.

El constante de Museveni

A lo largo de la década de 2000 y 2010, los medios de comunicación occidentales y al menos algunas secciones de intelectuales académicos pintaron una imagen positiva o, en el peor de los casos, mantuvieron un interés muy leve en profundizar el régimen autoritario de Museveni. Con la excepción de unas pocas empresas de medios que tradicionalmente informan sobre África y, por lo tanto, tienen oficinas en las capitales africanas, no muchos medios occidentales se han interesado en los viciosos ataques de Museveni contra sus oponentes y la grave erosión de las instituciones democráticas en su singular búsqueda de gobernar de por vida.

Los académicos occidentales, por su parte, escribían a menudo sobre las victorias electorales de Museveni como si fueran demostrablemente fiables e indiscutibles. Por ejemplo, después de las elecciones de 2011 en las que Museveni invadió literalmente el tesoro nacional para comprar su camino al poder, lo que condujo al casi colapso de la economía de Uganda bajo el peso de la inflación, dos académicos con sede en los Estados Unidos escribieron un artículo extravagante pero extremadamente defectuoso, publicado en el respetado *Journal of Modern African Studies*, argumentando que el dinero no importaba en las elecciones. [3] El fenómeno postelectoral, de hecho, amplió la importancia del dinero para asegurar la continuidad del poder de Museveni. Una elección que había transcurrido con pocos incidentes generó una atmósfera postelectoral explosiva durante la cual Museveni enfrentó su primer desafío más difícil en las calles.

El gasto excesivo en las elecciones de 2011, un hecho que puede haber embellecido y saneado la victoria electoral de Museveni, pero destruyó la economía, provocó una inflación desenfrenada y profundas dificultades económicas que avivaron las protestas en las calles. Sospechoso y nervioso por un posible contagio y cascada de la «primavera árabe» del norte de África, donde Zine El Abidine Ben Ali, Hosni Mubarak y Muammar Gaddafi fueron depuestos en rápida sucesión y en circunstancias humillantes, Museveni convocó rápidamente a toda la fuerza del arsenal coercitivo del Estado para derrotar al movimiento de protesta "Walk to Work".

El método y el tema del movimiento de protesta era simple, pero innovador: buscaba afirmar el derecho básico y fundamental de caminar al trabajo, ya que las personas no podían pagar el transporte ante los altos precios del combustible y las desastrosas condiciones financieras. El líder de la oposición, Kizza Besigye, fue el «principal caminante» y el principal objetivo de la represión estatal. En una reunión con la policía y el ejército, sufrió una ceguera

parcial, hasta el punto de necesitar una evacuación médica inmediata a la capital de Kenia, Nairobi.

Desde las protestas Walk to Work en 2011, el panorama político de Uganda se deterioró muy rápidamente con el régimen de Museveni volviéndose cada vez más represivo, y el compromiso político se volvió claramente conflictivo y menos constructivo. El continuo malestar político de Uganda es una consecuencia del colapso del consenso mínimo de élite forjado a principios de la década de 1990 y establecido en la constitución de 1995. El colapso de este consenso se debió, en parte, a las iniciativas arrogantes de Museveni para eliminar algunas de las disposiciones de la Constitución, especialmente el límite de elegibilidad presidencial. Su singular enfoque en gobernar de por vida ha generado paulatinamente un endurecido enfrentamiento político, generando así disputas electorales binarias sobre defenderlo o derrotarlo. Cada elección es un referéndum sobre su permanencia al mando en lugar de una disputa sobre política y programas.

En este agitado entorno político, especialmente desde principios de la década de 2000 hasta 2019, el principal líder de la oposición, Besigye, sufrió un enorme sufrimiento personal a manos de la policía, durante mucho tiempo comandada por un jefe de policía muy partidista, el general Kale Kayihura, arrancado del ejército para dirigir la permanencia de Museveni en el poder utilizando el arsenal coercitivo del Estado. El proceso y los juicios de Besigye, que se extendieron durante dos décadas, rara vez atrajeron el tipo de interés de los medios de comunicación occidentales que hemos visto en el último año, aproximadamente. Además, rara vez hemos visto a los académicos occidentales hablar con asiduidad y agresividad «en solidaridad» con los que están en las trincheras contra el brutal gobierno de Museveni, como han afirmado tan enérgicamente en la etapa actual, en la que Bobi Wine es la atracción singular y la principal fuente de interés.

La postura tibia y a menudo aprobatoria de Occidente hacia el gobierno de Museveni se debe a su posición favorable en el Pentágono como un aliado inestimable en la guerra contra el terrorismo, especialmente contra la propagación de las amenazas islamistas percibidas bajo el mando de Omar al-Bashir de Sudán, y por supuesto la situación en Somalia. También se le consideró durante mucho tiempo como un excelente alumno del neoliberalismo y del Consenso de Washington, que emprendió amplias reformas, haciendo que la economía de Uganda fuera posiblemente la más liberalizada y privatizada de África.

El fetiche de Vine

En cambio, Bobi Wine se ha convertido en un fetiche, valorado y sensacionalizado de manera que traiciona una comprensión ahistórica del panorama político de Uganda, y algo contraproducente, si no antitético, para la lucha contra el gobierno de casi cuatro décadas de Museveni. De repente, los académicos que siempre han restado importancia a la severidad del craso autoritarismo de Museveni, ven ahora al régimen como nada menos que brutal, que merece una denuncia inequívoca y ser depuesto de una forma u otra. En los círculos académicos occidentales, algunos de los que antes sostenían que Museveni era realmente popular y había «ganado» las elecciones a pesar de las acusaciones de fraude, han pasado a denunciar el resultado de las elecciones de este año en los términos más enérgicos. Sin embargo, no hay mucha diferencia cualitativa entre la conducta de Museveni esta vez y los ciclos electorales anteriores.

En particular, una oleada de defensores y promotores de la democracia en África han trabajado duro en las calles de Twitter y Facebook, instando a sus respectivos gobiernos de origen en Europa y América del Norte a denunciar los excesos de Museveni, a emitir declaraciones duras y a adoptar una postura firme contra él. De forma no intencionada, algunos académicos y activistas participaron en la difusión de información errónea/desinformada procedente de los seguidores

de Bobi Wine, en un caso retwitteando una foto de las elecciones de 2016 para mostrar cómo se robaba el voto el 14 de enero de 2021!

En una «muestra de solidaridad» especialmente instructiva, desafiaron a sus gobiernos y embajadas en Kampala para que ordenaran literalmente a Museveni que levantara el asedio militar y policial a la casa de Wine, que quedó efectivamente bajo arresto domiciliario la noche de las elecciones. Esta propuesta de que sus gobiernos den algún tipo de orden a Museveni para que se comporte y abandone el poder aparentemente se aleja de la justificación de que Museveni es un receptor neto de la ayuda exterior occidental que debe ser retenida por sus benefactores ante la supuesta indefensión de los ugandeses. Esto, por supuesto, es extremadamente problemático en muchos frentes.

La dependencia de Museveni de la ayuda occidental ha disminuido a lo largo de los años, incluso cuando el tenor represivo de su gobierno se ha mantenido constante o incluso se ha acelerado. Desde principios de la década de 1990, cuando su gobierno dependía abrumadoramente de la financiación de los donantes, el gobierno de Museveni ha mejorado la recaudación de ingresos nacionales, pero también ha diversificado su dependencia de la ayuda exterior para incluir a China y Japón, y no sólo al tradicional Occidente. En cualquier caso, por qué está moralmente justificado utilizar la ayuda como base para presionar a Museveni hoy y no hace 10 años es una cuestión abierta, pero como mínimo muestra que algo no está bien con la urgencia actual de «salvar» a los ugandeses de un gobernante de larga duración.

En el esquema más amplio de las cosas, el argumento de la ayuda se apoya en una base normativa y empírica decididamente inestable. En primer lugar, es erróneo suponer que la ayuda de las potencias occidentales es un gesto benévolo y altruista, libre de intereses estratégicos e interesados de los benefactores. La ayuda no es ni ha sido nunca un recurso

puramente caritativo. Es cierto que hay naciones y gobiernos (como los países escandinavos) que desembolsan recursos de ayuda con un interés nacional poco claro y aparente, pero incluso en esta categoría sabemos que la industria de la ayuda tiene sus propias lógicas y dinámicas que se refuerzan a sí mismas y que tienen poco que ver con los objetivos declarados oficialmente. Por irónico que parezca, la ayuda a África se ha convertido en un negocio y una profesión que funciona con un poderoso bucle de retroalimentación impulsado por intereses y ambiciones ajenos a los supuestos beneficiarios de la ayuda.

Segundo, la suposición de que la influencia de la ayuda ejercida por las potencias occidentales puede utilizarse para influir en el comportamiento y las acciones de los gobernantes en ejercicio va en contra del panorama empírico poco saludable de enfoques similares en el pasado reciente. Como han argumentado Jimi Adesina y sus coautores en este sitio, la experiencia y las lecciones de las condicionalidades del ajuste estructural deberían hacernos perder la fe en las reformas políticas exigidas desde el exterior, porque este enfoque sólo produce resultados superficiales o tiende a fracasar. También es un ataque flagrante a la existencia soberana de un pueblo.

Resistir y derrotar a un gobernante autoritario arraigado como Museveni no es un paseo por el bosque y no es reducible al decreto de presión de las potencias occidentales, alimentado por los medios de comunicación y los promotores de la democracia. Las fuerzas y el combustible que pueden derrocar prudentemente a Museveni para hacer avanzar la causa de la verdadera democracia y la libertad deben necesariamente evolucionar y surgir de Uganda y entre los ugandeses. El papel sobredimensionado de los agitadores externos, bastante hipócrita en muchos aspectos, puede de hecho perjudicar más que ayudar en la lucha por la liberación de un sistema de gobierno decadente, moribundo y personalizado que ahora pasa a cuarto plano.

Al hacer que el tema de las elecciones de enero sea Bobi Wine como persona, en lugar de lo que está en juego de forma crítica para Uganda y los ugandeses, los medios de comunicación occidentales y los activistas de la democracia han entregado a Museveni una herramienta útil para desprestigiar y desacreditar a Wine, presentándolo como nada más que un agente de intereses extranjeros, una fachada para los mismos viejos intereses imperiales que buscan debilitar a África, según ha afirmado Museveni en repetidas ocasiones. El propio Wine tendía a dar confianza a las acusaciones de Museveni, apelando abiertamente al público occidental y revolcándose acriticamente en el glamour del sensacionalismo y el esplendor de los medios de comunicación occidentales. En vísperas de los comicios de enero, por ejemplo, lamentó la negativa del gobierno ugandés a acreditar a periodistas y observadores electorales extranjeros. Es difícil entender por qué consideraba que unas elecciones libres y justas en Uganda dependían de la presencia de personal de los medios de comunicación y observadores electorales extranjeros. Unas elecciones en un país como Uganda no están necesariamente amañadas el día de las elecciones!

Obviamente, Museveni tiene cero credibilidad y autoridad moral para acusar a sus contrincantes de trabajar con actores occidentales y beneficiarse de ellos, porque de hecho ha sido un agente destacado de los intereses extranjeros no sólo en Uganda, sino en el continente. La cuestión aquí es que la agitación y la presión externas pueden parecer un ingrediente benigno y bienvenido para derrocar a un dictador descarado; en la práctica, sin embargo, pueden ayudar a la movilización nacionalista y al patriotismo precisamente al servicio de la consolidación de la dictadura, como ocurrió en Zimbabue cuando Robert Mugabe cavó más profundo para mantenerse durante tanto tiempo.

Hacia dónde va Uganda

Para los «amigos» de África que quieren hacer avanzar la

democracia y la libertad, que quieren «ayudar» a las fuerzas que luchan contra un gobernante autoritario desbocado como Museveni, el punto de partida es tomar las lecciones de la historia. El cambio de régimen instigado desde el exterior es una negociación difícil, ya que tiende a no ocurrir como se espera y a menudo conduce a resultados arriesgados. Tras 35 años en el poder, Museveni ha llevado a Uganda por un camino peligroso. Lograr un cambio significativo no es tan sencillo como perseguir a un autócrata e instalar una nueva figura mesiánica con un atractivo populista. También es un error construir figuras de la oposición como ángeles que encarnan la democracia y merecen un abrazo acrítico. Ver a Museveni como un dictador malvado y a sus oponentes como demócratas angelicales es una dicotomía engañosa. Los opositores «pro-democracia» de hoy pueden convertirse fácilmente en los gobernantes autoritarios de mañana.

Uganda es una sociedad profundamente compleja desde el punto de vista social. Nunca se insistirá lo suficiente en la enormidad de los problemas socioeconómicos del país y en la crisis de su política. Puede que sea más fácil derrocar a Museveni en un proceso popular, pero es una tarea hercúlea forjar una nueva Uganda de paz y prosperidad. No se trata sólo de salvar a los ugandeses de un dictador despiadado, como parecen inclinarse los promotores de la democracia occidental, sino también de entender cómo se puede llevar a cabo una Uganda post-Museveni de forma viable y prudente. Aquí, el periodista occidental, el académico, el defensor y activista de la democracia, el diplomático y el político deben detenerse y apreciar que una asociación de principios con los ugandeses puede ayudar, pero el viejo paternalismo no lo hará. La agencia de los ugandeses es lo que puede marcar una diferencia real y duradera.

Para los actores extranjeros realmente preocupados y encendidos por la libertad y la liberación de los sufridos ugandeses, propongo más humildad y menos arrogancia. Uganda se

encuentra en una grave encrucijada política y la posibilidad de desintegración social es real. El tejido social del país es frágil. El crecimiento de los jóvenes es una tarea de enormes proporciones. Los conflictos por la tierra son fácilmente la fuente más importante de desarmonía social y violencia. El experimento democrático del país requiere un replanteamiento total. Para empezar a abordar estos y otros problemas endémicos, el país necesita urgentemente una conversación franca y concertada para dar un giro a la mala gestión de Museveni, para reimaginar una nueva Uganda.<

El país quiere deshacerse del desorden de Museveni, pero Museveni también necesita liberarse de su propia trampa de poder. Se trata de una negociación delicada y difícil de llevar a cabo. Se necesita reflexión y perspicacia, no sólo eslóganes extravagantes y presiones extranjeras. Las perspectivas de forjar una Uganda post-Museveni a corto plazo pueden verse socavadas por las acciones de actores extranjeros demasiado entusiastas y prepotentes. Ninguna varita mágica de una figura popular barrerá fácilmente a Museveni sin los esfuerzos de fuerzas coherentes, coordinadas y combinadas que busquen el cambio dentro del país.